

**T**RISTE herencia fué la herencia  
del Monarca aragonés;  
un reino ardiendo en discordias,  
y para futuro Rey,

Jaime, de tan pocos años  
que apenas contaba seis,  
prisionero en Carasona  
del vencedor de Muret.



## III

## MONZÓN

o en balde doña María,  
previendo su fin cercano,  
quiso que sobrevivieran  
para Jaime sus cuidados,

legándole el patrocinio  
del Pontífice Romano:  
que es el amor de las madres  
flor que muere fecundando.

Ambos en un año solo  
huérfano al niño dejaron;  
el Rey le dejó en prisiones,  
la Reina le dejó amparo.

A veces más que un ejército  
puede una gota de llanto,  
y el auxilio del Pontífice  
salvó á Jaime y á su Estado.

**M**IENTRAS destrozan el Reino  
parciales de don Fernando,  
y en las tierras de Monforte  
se ceban los de don Sancho,

Jimeno Cornel, Guillermo  
de Cervera y el prelado  
de Albarracín; Pedro Ahones  
y el maestro de Templarios,

solicitan y consiguen  
del Santo Padre un mandato  
para que Monfort devuelva  
el Príncipe á sus vasallos.

Ante el decreto del Papa  
dobló la frente el Cruzado,  
y en Narbona, y á presencia  
de nobles y de villanos]

de Aragón y Cataluña,  
que solícitos llegaron,  
entregó Monfort el niño,  
del Pontífice al Legado.

Cortes juntaron en Lérida,  
do sus nobles diputados  
mandó la Marca Española;  
y allí el venerable Aspargo,

tomando en brazos al niño  
presentóle á los prelados,  
ricos-homes y burgueses,  
que obediencia le juraron.

Y al gran maestro del Temple  
juntamente confiaron  
al heredero de Pedro,  
y á Ramón, su primo hermano.

**A** las orillas del Cinca,  
de altivos muros cercado,  
se alza Monzón, el castillo  
que conquistó el rey don Sancho.

Ayer alcázar de moros,  
hoy fuerte de los Templarios,  
en cuyas viejas murallas  
y en cuyo anchuroso patio

suenan el choque de las armas,  
el trotar de los caballos,  
la voz del clarín de guerra  
y el jurar de los soldados.

Mientras que allá, en la capilla,  
cubierta de ricos paños,  
de lámparas y de cirios  
á los reflejos opacos,

por la grave melodía  
del salterio acompañados,  
cantan los frailes guerreros  
del Rey poeta los salmos.

Ó en solemnes procesiones,  
á la voz del bronce santo,  
por entre nubes de incienso  
tendidos los blancos hábitos

do la roja cruz campea,  
cruzan los frailes rezando  
por las anchas galerías  
de la fortaleza-claustro.

Dentro de tus fuertes muros,  
castillo viejo y avaro,  
la esperanza de dos pueblos,  
cual puro verbo encarnado,

vive en forma de dos ángeles,  
de dos mancebitos cándidos;  
que los niños y los pueblos  
se aman siempre: son hermanos.

El hijo de Pedro el Noble,  
que cayó en Muret lidiando,  
y el del conde de Provenza,  
nietos son de Alfonso el Casto.

Del mismo robusto tronco  
son dos retoños lozanos,  
la misma sangre los nutre,  
la misma edad tienen ambos;

la misma injusticia lloran,  
que violencias de don Sancho  
su trono usurpan á Jaime,  
y á Raimundo su condado.

Los dos niños, los dos huérfanos,  
príncipes y desterrados,  
juegos, inquietudes, lágrimas,  
preces y ensueños mezclando,

de penas y de alegrías  
tejieron eternos lazos;  
la infancia los hizo amigos  
y la desventura hermanos.

Que cual prematuros frutos  
que el viento arranca del árbol,  
ambos niños, desasidos  
de los maternales brazos,

tienen por solaz los rezos,  
la guerra por espectáculo,  
por hogar la fortaleza,  
por familia los soldados.

¡Triste vida es para niños  
la vida de los Templarios!  
Cumpliendo la dura regla  
que les impuso Bernardo,

siempre en guerra, y para siempre  
de su patria desterrados,  
no cazan con gavilanes,  
huyen fiestas y espectáculos;

nunca asaltan por sorpresa,  
nunca esperan emboscados;  
siempre atacan frente á frente  
en franco y abierto campo,

á la voz de sus clarines  
y á pendones desplegados,  
sobre fogosos corceles  
sin paramentos profanos.

Deben seguir al león  
por las selvas y matarlo;  
no salir sin compañero,  
comer dos en cada plato,

lidiar por el peregrino,  
admitir tres adversarios,  
no ofrecer por su rescate  
de terreno un solo palmo.

*Y armados de fe por dentro,  
por fuera de hierro armados,  
deben triunfar, como nobles,  
ó morir como cristianos.*

Las dos contrapuestas fuerzas  
de aquel revuelto océano,  
del cenobio al campamento  
los arrojan sin descanso.

Y en la estrechez de las celdas,  
y en la extensión de los campos,  
ni gozan quietud de monjes  
ni libertad de soldados.

Con doble yugo los ata,  
á dos extremos contrarios,  
la militar disciplina  
y el reglamento monástico.

Guerra, dice su armadura;  
paz, dicen sus blancos hábitos;  
sangre piden sus espadas,  
misericordia sus salmos;

soberbia claman sus muros;  
humildad gimen sus claustros;  
muerte; gritan sus clarines,  
piedad sus bronce sagrados.

La paz y la guerra llevan  
en sus armas y en sus mantos;  
la bendición y la muerte  
se derraman de sus manos.

**Q**UANTAS veces á la lumbre  
del hogar de los Templarios,  
en la vieja y ancha sala,  
de tantas luchas teatro,

cuyos robustos pilares  
soportan macizos arcos,  
de cuyos espesos muros,  
negros del humo y los años,

penden armas y trofeos  
que los freires conquistaron,  
y entre brillantes pendones  
y tapices de Damasco,

rojas pieles de panteras  
que los del Temple cazaron  
en los desiertos de Arabia  
y á los niños dan espanto,

los dos inocentes príncipes,  
por las manos enlazados,  
se dijeron sus recuerdos,  
sus penas se confiaron.

Jaime á Berenguer contaba,  
que allá, entre celajes vagos,  
vió en su niñez un guerrero,  
como San Jorge, gallardo,

que con magnífico séquito  
de paladines bizarros,  
de su madre, que lloraba,  
le arrancó de entre los brazos.

Y el sonar de los clarines  
y el clamor de los soldados,  
le revelaron la alteza  
del caballero fantástico;

tras del cual un escudero,  
sobre un palafrén dorado,  
llevóse al niño, que nunca  
volvió al materno regazo.

Luego, como quien de un sueño  
despierta en lugar extraño,  
hallóse en ajenos sitios  
de hombres de hierro cercado.

Y allí por la vez postrera  
tornó el bello soberano,  
y un beso le dió en la frente  
muy cariñoso y muy largo,

y en su cándido semblante  
dejó una gota de llanto;  
y entonces supe—acababa  
el niño Jaime llorando—

que aquel apuesto guerrero,  
aquel hombre extraordinario,  
era mi padre, Raimundo;  
nunca más volví á sus brazos.

Yo me quedé, como en prendas,  
prisionero del cruzado,  
y el hermoso caballero,  
como San Jorge gallardo,

con su séquito magnífico  
de paladines bizarros,  
ante mi asombrada vista  
despareció como un rayo.

YA en Don Jaime se veían  
gallardamente esbozados  
sobre el semblante del niño,  
del Conquistador los rasgos.

Era cual la hermosa imagen  
del más puro y blanco mármol,  
donde el escultor hubiera,  
como á su pesar, trazado

la serena faz de un ángel  
la inspiración aguardando,  
para hacer de él, por virtud  
de los más valientes rasgos

de su cincel, un arcángel  
de ira celeste animado;  
llevando un sol por escudo,  
blandiendo soberbio un rayo.

Ramón Berenguer, nacido  
de Provenza en el condado,  
hijo de Alfonso Segundo,  
en cuyo gentil palacio

templo halló la gaya ciencia,  
cuna el provenzal teatro,  
*corte de amor* la hermosura,  
los juglares agasajo,

el hijo de la poesía,  
Ramón á quien en sus brazos  
meció la noble Garsenda  
sus propios versos cantando,

de aquel despertar de gloria  
guardaba el recuerdo vago,  
mezclado á sus propios sueños,  
hasta el delirio exaltados

por las peregrinas fábulas  
de magias y de milagros,  
de hechizados paladines,  
de alcázares encantados,

de enanos, fadas, gigantes,  
de apariciones y trasgos,  
que allí al amor de la lumbre,  
les contaban los soldados.

Cual se confunde en los términos  
del horizonte lejano,  
la postrer luz de la luna,  
de la aurora al primer rayo,

en las almas de los niños,  
de lo real y lo falso,  
del recuerdo y la esperanza,  
de lo divino y lo humano,

los indecisos contornos  
unos con otros mezclados,  
formaban un mundo nuevo,  
en cuyo ideal espacio

se daban los niños cita  
con espíritus alados,  
para realizar ensueños  
que eran augurios acaso.

Mandar invencibles huestes,  
vestir arneses dorados,  
llevar encantadas armas,  
donde los hierros contrarios,

cual las olas que revientan  
contra el escollo basáltico,  
se estrellen y salten rotos  
en mil brillantes pedazos:

empuñar fuertes espadas  
que, por virtud de su encanto,  
dividan en dos los ríos,  
tajen los duros peñascos:

montar alados corceles,  
y al son de clarines mágicos,  
ver las murallas hendirse  
y rodar los montes altos.

¡Tiene auroras en el alma  
lo porvenir ignorado!  
Y así, soñando grandezas  
que más tarde realizaron,

en el rincón más oscuro  
del hogar de los Templarios,  
los dos inocentes príncipes  
se dormían abrazados,

como en el tronco del roble  
los recién nacidos pájaros,  
batiendo las tiernas alas  
preludian el primer canto.



IV

## LA FUGA

E Monzón ante los muros,  
cuando espiraba la tarde,  
un humilde peregrino  
llegó en hábitos de fraile;

pidió asilo, y los del Temple,  
según su regla, hospedáronle;  
pero no quiso el romero  
ni comer ni calentarse;

ni alzó la parda cogulla  
ni hablar consintió con nadie;  
acaso así cumple votos  
que antiguos crímenes laven.

Cuando acabó la velada,  
cuando todo en calma yace,  
cuando en sus lechos reposan  
los niños Raimundo y Jaime,



y cruza la media noche  
velado el negro semblante  
y cercada de visiones  
que bullen como un enjambre,

seguida de extraño séquito  
de enanos y de gigantes,  
de brujas y de alimañas,  
de trasgos, fadas y arcángeles,

hasta el lecho de Raimundo  
llega una sombra; es el fraile,  
ó acaso el mismo demonio  
que gusta vestir sayales.

El niño tiembla, el romero  
sus burdos hábitos abre,  
y al tibio rayo de luna  
que de alta ventana cae,

de un juglar de la Provenza  
descubre el gallardo talle,  
y arrojando ajenas barbas  
muestra el juvenil semblante.

Raimundo piensa que sueña  
con la corte de sus padres:  
pero el gentil mensajero  
le dice:—Señor, levántate,

que en el puerto de Salou  
presta te aguarda una nave,  
y como al sol de los cielos  
te esperan los provenzales.—

Raimundo, que aunque tan niño,  
no es de raza de cobardes,  
rápido del lecho salta,  
viste un disfraz que le trae

bajo el suyo el mensajero,  
se acerca al lecho de Jaime,  
con un beso le despierta  
y le dice en voz suave:—

—Adiós, hermano, me llaman  
los vasallos de mi padre;  
nuestros ensueños de gloria  
comienzan á realizarse;

ya soy Conde-soberano  
desde hoy: ¡imitame, Jaime!—  
Y él le contestó:

—¡Te juro  
que pronto Rey han de alzarme!

**N**o tardaron en cumplirlo  
sus ricos-homes leales;  
que prelados de la iglesia,  
comendadores, magnates,

infanzones de Aragón  
y barones catalanes,  
en la sala del castillo,  
ofreciéndole homenaje,

sobre los cuatro evangelios  
 juran por Rey acatarle,  
 respetando la regencia  
 de don Sancho, á quien Dios guarde.

Mas de aquella fuerte Liga,  
 los preladados venerables  
 y valientes caballeros  
 piden, á fuer de leales,

que el gran maestro del Temple  
 les entregue al niño Jaime  
 para regir, en su nombre,  
 los Estados de su padre.

Pero ni, cuerdo, el maestro  
 quiere á la Liga entregarle,  
 temiendo á Sancho y Fernando  
 y á sus inquietos parciales,

ni al bravo niño contentan  
 prometidas libertades;  
 que hartó ha vivido en prisiones  
 y hartó le oprime la cárcel.

Invocando el juramento  
 que acababan de prestarle,  
 pidió auxilios á los suyos  
 determinado á fugarse.

Y, en vano, jura don Sancho,  
 ciego de envidia y coraje,  
 que *ha de cubrirle de púrpura*  
 las sendas por donde pase.

El niño Jaime es del bronce  
 de que los héroes se hacen,  
 y en el día prefijado,  
 antes que el sol se levante,

solo, audaz y decidido,  
 del viejo castillo sale,  
 sediento de respirar  
 de la libertad el aire.

Llega al puente que atraviesa  
 sobre el Cinca, y puntuales,  
 halla á los hombres de armas  
 que manda Pedro Fernández:

á Lizana y á Cervera  
 y otros valientes magnates  
 de Aragón y Cataluña,  
 que su fe guardan leales.

Un caballero del séquito,  
 temiendo imprevisto ataque,  
 se desnuda de su cota,  
 que resuelto ciñe Jaime.

Torna al castillos los ojos,  
 porque en aquellos lugares  
 dejaba al vestir las mallas  
 sus vestiduras de ángel.

De un cordobés alazano,  
 que infunde celos al aire,  
 salta á la enhiesta montura,  
 diestro revuelve el rendaje,

y empuñando la tizona  
que tres reinos ha de darle,  
por el camino de Huesca  
raudo con los suyos parte.



V

## LA MERCED

UANDO en su lecho de púrpura  
se ocultaba el sol de oro  
y alargaban por los valles  
sus sombras pinos y chopos;

cuando todo respiraba  
paz, oración y reposo,  
por riscos y por atajos  
y por senderos angostos

caminaban lentamente,  
rendidos y melancólicos,  
unos viajeros extraños,  
amarillos y andrajosos,